

# El Eco de San Sebastian

DIARIO LIBERAL VASCONGADO.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

Península: Trimestre, 3'50 pesetas.—Un año 12.  
Extranjero y Ultramar: Semestre, 48 pesetas.—Un año, 34 id.  
Anuncios preferentes, á 0'15 pesetas línea; remitidos y comunicados á precios módicos.  
Número suelto, 5 céntimos.—Número atrasado, 10 id.  
Número suelto en el extranjero, 0'15 céntimos.

### REDACCION:

GARIBAY, 24, BAJO.

### PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion: Andía, 2, accesorio.  
En Madrid, Carrera de San Gerónimo, 2, librería,  
Extranjero: Agencia de C. A. Saavedra, 35, Rue Blanche, París  
encargada de recibir anuncios extranjeros.  
Toda la Correspondencia á la Direccion del periódico.

## LA GACETA.

La Gaceta recibida ayer contiene las disposiciones siguientes:

**Presidencia del Consejo de ministros.**—Real decreto decidiendo en favor de la administracion judicial una competencia suscitada entre el gobernador de Murcia y el juez de instruccion de la Union.

**Ministerio de la Gobernacion.**—Real decreto concediendo el título de Muy heroica y leal á la ciudad de Segorbe.

### VARIEDADES

#### EL TORRERO.

Gracias á una expresiva carta que obtuvo del ministro, su amigo el marqués de Valfrondoso, la comandancia de marina del puerto, concedió la plaza de torrero en el faro de Santa Inés al solicitante, portador de la carta mencionada.

Vestía el tal un traje de mar, desteñido y quemado por el salitre; amarillento en unos sitios, blanquecino en otros, de color indefinido en las mas partes, y todo él acusando el rudo trabajo de cientos de dias pasados entre el cielo y el agua. Con la grosería del traje se armonizaba muy mal el rostro del marinero, intensamente pálido, y sin la pátina que dá el soplo constante de los vientos salados: la barba, que aunque revuelta, brillaba con el brillo del pelo fino y sedoso, brillo que nunca han tenido las barbas de color negro ó rubio, pero siempre mate, de la gente de mar; y las manos que, no ya de marino, pero ni siquiera de varon parecían por lo blancas, finas y pulcramente cuidadas.

El marino salió de la comandancia con su nombramiento en la mano, y una hora despues, la falúa del puerto que habia traído dos dias antes á tierra el cadáver del torrero á quien iba á suceder el misterioso recomendado del marqués de Valfrondoso, volvía al faro de Santa Inés, desembarcaba en las peñas donde el faro se asentaba buena provision de viveres, y enderezando proa á tierra, dejaba al novel torrero envuelto en la inmensa majestad de aquellas soledades.

El mismo dia que el desconocido marino se encerró en el faro, desapareció el marqués de Valfrondoso, sin que con el curso de los años se llegara á tener el menor indicio de su paradero. Pérdida bien sensible, á la verdad, pues era el marqués un noble y generoso corazon, digno de que su mujer, á quien habia elevado de la nada para darle su nombre, le tuviera el amor que él la tenia; digno de que el amigo preferido de su corazon, el camarada de la infancia, el confidente de sus secretos, el mayor partícipe de sus larguezas, no fuera el cómplice de la esposa infiel, en la más negra y horrible de las traiciones.

Al descubrir su deshonra debió de ahogarle al esposo y amigo traicionado la amargura; y en la inmensidad de su dolor, quizá soltó una carcajada seca y cavernosa, igual á la que el torrero de pálido semblante, el de la barba sedosa, el de las manos blancas, dejó escapar de su pecho cuando lo vió alejarse á los hombres que le habian conducido al apartado islote y se contempló dueño de aquellas soledades, soberano del silencio, solamente turbado por el viento que hacia temblar con temblor ruidoso los cristales en lo alto del faro, y por las olas que se rompian en la base levantando montañas de espuma.

De quince en quince dias, cuando no habia entrado por estar el mar alborotado, salía la falúa del puerto con los viveres para el torrero, el aceite para las farolas y la pólvora y demás adminículos para hacer las descargas necesarias en esos tristes dias en que la niebla no deja ver á los navegantes el resplandor de la luz que les advierte el peligro.

Iban pasados algunos años desde que el torrero vivía encerrado en su torre, sin más esparcimiento que el de poder dar hasta media docena de pasos sobre las rocas, desde las cuales surgía en medio de la inmensidad del mar, á más de seis millas de la costa el faro de Santa Inés; iban pasados algunos años, y en todo este tiempo no escucharon los tripulantes de la falúa proveedora de sus dos visitas mensuales, más que los pocos monosílabos con que el torrero contestaba á sus preguntas, que habian de ser nada más que las precisas, pues en cuanto algun marino, más curioso que los otros, se permitía interrogarle acerca de algo que no estuviere en relacion con el servicio del faro, brillaban los ojos del torrero con resplandor feroz, y

dejaba oír un rugido sordo, que sonaba dentro de su pecho como el rodar de una ola en el socabon de una peña.

Al cabo de unas cuantas visitas al faro, hasta los marineros más torpes de la falúa echáron de ver que aquel misantropo, lejos de desear un rato de expansion y de charla que le resarciera del silencio obligado de los demás dias, no desarrugaba el ceño hasta que veía que la lancha armaba el aparejo y se volvía á tierra.

¡Y qué ceño! Sobre las cejas fruncidas formaban innumerables remolinos los desordenados y larguísimos cabellos, que ya no eran lustrosos ni negros, pues brillo y color les habia robado el salitre; ni la tez era fina, sino curtida por el sol y por el agua, ni las manos, empleadas en los groseros menesteres del faro, parecían de mujer, sino de hombre y de hombre que se gana el sustento diario con el sudor de su frente. El traje se sostenia encima de su propietario, y sin caerse á pedazos, gracias á mil burdos remiendos y á innumerables nudos dados con cuerdas, unas delgadas como bramante y otras gruesas como cables: á todo esto que le prestaba aspecto de fiera, habia que añadir las barbas largas hasta la cintura, y con las cuales se enredaban formando la más enmarañada de las madejas, los cabellos que le caian por ambas sienes.

Cuando en los dias de tempestad se cimbraba la torre azotada por el viento, y las olas se erguian rabiosas hasta los cristales de las farolas, el torrero, con sus greñas deshachas por el huracan, allí en la altura gigantesca del balconcillo volado al mar, que sirve de remate al faro, parecía el Dios de la Tempestad gozándose en la obra de destruccion, desde la excelcitud de su trono. Veíasele en aquellas horas de siniestra grandeza, como arrebatado en éxtasis místico, lanzando gritos salvajes, que resonaban en la inmensidad como chillidos de ave marina; y más de una vez se oyó dominando el fragor hirviente de las olas que se rompian abajo, la maldicion que él enviaba desde arriba á la esposa infame y al miserable traidor, al falso amigo...

Pero ¿á dónde irá el hombre de corazon que no se cree un afecto?

Ya ha cesado el viento; las olas, pasado el acceso febril, duermen en paz y se columpian con el movimiento acompasado y suave de un sueño tranquilo; el sol baña sus rayos en las

aguas, y el hombre de aspecto feroz, el que se encerró en las soledades del mar por odio al linaje humano, desaparece detrás de una nube blanca, formada por cientos de gaviotas que vienen todas las mañanitas en busca del desayuno que les dá con prodiga y cariñosa mano el torrero del faro de Santa Inés.

El torrero se sienta á la puerta del faro, parte en pedazos menudos los restos de la comida del dia anterior, y algo más que él añade sacandolo del cuarto de las provisiones, y á la señal convenida, echánse sobre él las gaviotas. Esta se posa en su cabeza, aquellas en los hombros, unas se le suben por las piernas, pugnando por alcanzar un bocado, otras le tiran picotazos á las mangas para hacer constar su presencia, y él atiende á todas y reparte el desayuno con espíritu de equidad y una voluntad incomparables.

El sol baña en luz el cuadro é ilumina la frente del que fué Dios de la Tempestad entre las negruras de la noche.

Un dia llamaron en vano las gaviotas á la puerta del faro. Con gran sorpresa suya, la encontraron cerrada. En veinte años, era la primera vez que esto ocurria. Chillaron y chillaron; pero el torrero se habia dormido para no despertar jamás.

Volando despavoridas alrededor del faro, se les pasaron las horas; y cuando percibieron el olor de la carne muerta, tendieron el vuelo con rumbo al puerto, formando inmensa bandada y anunciando con lúgubres chillidos la triste nueva.

—¡Cosa como ella!—dijo un marino que fumaba una pipa sentado en el pretil del muelle. No hay una nube en el cielo; el viento no puede ser más bonancible; por ninguna parte se ve señal de tormenta... ¡Y sin embargo chillan como nunca las gaviotas!

JOAQUIN MAZAS.

## SESION

DEL

## AYUNTAMIENTO

Amenazaba el cielo favorecernos con una reproduccion, tal vez aumentada, de la nevada del domingo; y nosotros, examinando el barómetro, temblándó como si fuéramos

montaña paso á paso, olvidándose de todo. Llegó á su casa en un estado que causaba lástima; lleno de agua, de fango y de hojas muertas que se habian materialmente pegado á sus hábitos.

—¡Misericordia! exclamó al verlo su madre que desde hacia algun tiempo vivía con él.—¡Pobre hijo mío!, véte, véte pronto á mudarte de ropa, pues de otro modo vas á cojer una enfermedad.

D. Gregorio obedeció como un niño; se quitó toda la ropa; se puso otra bien caliente que le preparó su madre, y luego, cuando llegó la hora de la cena, se sentó á la mesa, comió como los demás dias, hablando de cosas indiferentes con su madre y el coadjutor. Pero obraba así guiado tan solo por la fuerza de costumbre; su inteligencia estaba aletargada; permanecía en estado de sonambulismo y sentía siempre sobre su mano el contacto de los lábios de Irene.

Terminada la cena el vicario creyó oportuno el momento para comunicar al párroco las acusaciones de que era objeto. Trató de llevar dulcemente la conversacion de modo que insensiblemente se llegara al fin que se proponia, velando el pensamiento y expresando su indignacion contra los calumniadores; pero desde las primeras palabras lo comprendió todo D. Gregorio y repentinamente se disiparon las sombras que lo rodeaban, adquiriendo el total predominio sobre sí mismo. No dejó, sin embargo, traspasar por modo alguno el daño que le causaban

(34)

## EL PÁRROCO DE LA MONTAÑA.

delantal para ocultar mejor su vergüenza, le dijo:

—Señor párroco: perdóneme V. si le detengo así al aire libre y bajo la lluvia. Quisiera pedirle á V. un favor muy grande, y no me atrevo. Mi padre me lo ha prohibido, pero V. ya sabe que yo tengo una cabecita muy dura.

Así diciendo, Irene levantó poco á poco la vista, moviendo imperceptiblemente sus rojos labios con una sonrisa maliciosa, que hizo estremecer á D. Gregorio, quien apenas pudo encontrar voz suficiente para contestar á la jóven.

—Es malo, hija mía, desobedecer la voluntad paterna.

—¡Pero, es que mi deseo es tan inocente! continuó diciendo Irene, y sería tan dichosa si V. no me dijese que no.

—Si es posible el contestarte, lo haré de muy buena voluntad, murmuró D. Gregorio

deseoso de concluir cuanto antes aquel coloquio.

—Dentro de tres dias llega Esteban.  
—Sí; ya me lo ha dicho tu padre.  
—Viene expresamente para casarse.  
—Es un buen muchacho, y lo quiero ya mucho.

—Y ahora que viene Esteban, querría yo suplicar á V... me parece que si V. consintiese en ello... ¡oh! estaría, sí, más segura de obtener el perdón de Dios....

Irene se detuvo, no atreviéndose á expresar su pensamiento.

—Pronto, explicate, ¿qué es lo que de mí deseas?—la preguntó D. Gregorio ya impaciente, ¿no ves que está lloviendo y nos estamos mojando?—di, ¿qué es lo que quieres?  
—Que V. sea... vamos... el que nos case.

Y como si temiera una negativa, Irene, apenas pronunció estas palabras, ocultó su rostro con el delantal, volviendo la cabeza á otro lado.

D. Gregorio sonrióse á su vez. Aquel deseo le pareció, en efecto, tan inocente, tan infantil, que ni por sueños hubiera pensado en rehusarlo.

—Y es eso todo? preguntó á la jóven.

—No quiere V?... dijo Irene llenándosele los ojos de lagrimas.—Paciencial como ha de ser... he sido, sí, lo conozco, demasiado atrevida.

—Al contrario, hija mía; no te apures. Yo os casaré y de muy buena voluntad, y que